

orientará todo a nuestro favor; es “generosa” y si nosotros damos todo, recibiremos el céntuplo; es “poderosa” y nadie podrá quitar cuanto es puesto en sus manos; es “fiel” y no deja que se pierda ni se estropee lo que le ha sido confiado” (n. 222).

### 8. La fórmula de consagración

El manuscrito del Amor de la Sabiduría eterna termina con la fórmula de la Consagración de sí mismo a Jesucristo, Sabiduría encarnada, por medio de María, que en los escritos del santo encontramos sólo aquí. La estructura de esta oración no es muy original y reproduce una secuencia de elementos comunes a las fórmulas en uso en el 1600, en particular en la tradición de las confraternidades de la “esclavitud de amor”. De hecho poco pero precioso. Montfort redacta la parte central, donde encontramos dos particularidades: la referencia al bautismo y a la donación total, de cuerpo y alma, bienes interiores y exteriores, el valor mismo de las buenas obras, pasadas, presentes y futuras, dejando a la Santísima Virgen el derecho de disponer, a la mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad.

En la práctica pastoral, durante el desarrollo de una misión y sólo para los que efectivamente habían escuchado la predicación y se habían confesado y comulgado, Montfort acostumbraba a hacer suscribir el Contrato de Alianza, durante una celebración pública y solemne. Contiene una fórmula de consagración, más breve y quizá más original, recalcada con mayor evidencia sobre el ritmo bautismal: creo en Jesucristo, renuncio al mal, prometo observar los mandamientos, “me doy enteramente a Jesucristo por las manos de María, para llevar con él mi cruz todos los días de mi vida”.

La fórmula larga de consagración, con que termina El Amor de la Sabiduría eterna pone claro, de cualquier modo que sea, algunos aspectos importantes de la enseñanza montfortiana. Empieza en dimensión trinitaria, adorando a la Sabiduría eterna en el seno del Padre durante la eternidad y en el seno de María en el tiempo de la encarnación; se rinde alabanza al Hijo, que ha realizado nuestra salvación, haciéndose obediente a María para hacernos a nosotros siervos fieles de Jesús en María. Mas, frente a nuestra infidelidad, somos invitados a volvernos a María, Madre y trono de la Sabiduría para obtener el perdón de los pecados y la posesión de la Sabiduría. A tal fin se quiere renovar nuestra promesa bautismal consagrándonos a Jesucristo por medio de María y tomando a la Santísima Virgen, como madre y maestra, para ser amados, instruidos, guiados, alimentados, protegidos por ella y para hacernos perfectos discípulos e imitadores de Jesucristo, la Sabiduría encarnada y llegar así, por su intercesión y su ejemplo, a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo.

### 9. La ciencia de los santos

Leyendo los escritos de San Luis María Grignon de Montfort se puede caer en el engaño por su sencillez, pensando que el autor se haya limitado a sugerir fórmulas superficiales de devoción, sostenidas únicamente por pia-

das exhortaciones. Montfort como valiente misionero popular, hace sin embargo un esfuerzo de simplificación con la intención de ir al encuentro de las aspiraciones de santidad de todas las almas de buena voluntad. Su convicción de que todos estamos llamados a la santidad y por tanto todos debemos ser ayudados en este camino, lo lleva a la exposición sintética, esencial, en nada superficial, de los principios y de los métodos de espiritualidad que andan de acuerdo con las enseñanzas de los grandes maestros espirituales de todos los tiempos. Igualmente en su originalidad, Montfort es además hijo de su tiempo, que aprovecha de las intuiciones de los grandes autores y de los grandes santos del '600 francés.

Ese siglo, en Francia, es grande no sólo por la literatura, la política y las artes, sino también por la ciencia de los santos, como era llamada la espiritualidad. Las fuentes de un renacimiento de la espiritualidad van en primer lugar a la Biblia, uno de los fundamentos de la vida de piedad para los sacerdotes, los laicos y los religiosos. No siempre la Biblia es leída directa y personalmente, como lo hacen más a menudo los protestantes; se aconseja más bien dejar la lectura en extenso al que es capaz. Por otra parte, todavía no es fácil disponer de traducciones francesas completas, salvo para algún privilegiado; los cultos leen la Vulgata. La costumbre difundida es escoger los libros de la Biblia. En nuestro caso, Montfort se dirige en particular a los libros sapienciales. Los autores espirituales y los directores de conciencia recomiendan el Nuevo Testamento; Berulle privilegia el cuarto Evangelio y las Cartas de San Pablo; los moralistas utilizan los Proverbios, el Eclesiastés y la Sabiduría; todos usan los Salmos. Se desciende al Antiguo Testamento como libro de historia y repertorio por los ejemplos edificantes. El mensaje bíblico es propuesto además a través de representaciones gráficas (pinturas, estampas, esculturas), para suscitar emociones, enseñar historia, indicar ejemplos a imitar.

Otra importante fuente de inspiración de este período es el Seudo-Dionisio. Además, es propio de este tiempo en que empiezan las dudas acerca de su autenticidad; sin embargo, los contenidos son vueltos a tomar por muchos autores. Los místicos renano-flamencos (Ruysbroeck, Harphius, Tauler) son dados a conocer sobre todo en la primera mitad del '600 por Benoit de Canfield y otros. Se recupera además a Henri Suso, a Dionisio el Cartujo, a Lansperge, a Louis de Blois y a la Imitación de Cristo. Se cuenta además con la influencia de los autores espirituales italianos, como Catalina de Génova, Achille Gagliardi e Isabel de Bellinzaga, Lorenzo Scupoli, María Magdalena de Pacis.

En 1604, Bérulle y Brétigny introducen en Francia a los carmelitas españoles y sus monasterios se convierten en importantes centros espirituales. Teresa de Ávila es apreciada por su ascetismo además de su experiencia mística; Juan de la Cruz influye en Surin, Olier y Boudon. Una reflexión sobre la experiencia espiritual de los carmelitas españoles es realizada por Felipe de la Trinidad en la Suma Teológica Mística (1656) y por Antoine du Saint-Esprit en el Directorium mysticum (1677).